



¿QUÉ ES UN
CRISTIANO BÍBLICO?

ALBERT N. MARTIN

¿QUÉ ES UN CRISTIANO BÍBLICO?

Contenido

Introducción.....	3
1. El pecado.....	3
2. El único remedio divino para el pecado	6
3 Cristiano bíblico	10
4. La evidencia de ser un cristiano bíblico.....	12

© Copyright 2013 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960. Publicado originalmente en inglés bajo el título *What is a Biblical Christian?* En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

Publicaciones Faro de Gracia
COM-055
04831 DF,
Mexico
055 5656-6355
www.farodegracia.org

Mr. Demetrio Canovas
Editorial Peregrino
Apartado 19
13350 Moral De Calatrava (C. REAL),
España
0926 349 634
www.editorialperegrino.com

¿QUÉ ES UN CRISTIANO BÍBLICO?

Introducción

Hay muchos asuntos acerca de los cuales una total ignorancia y completa indiferencia no son ni trágicas ni fatales. Estoy seguro de que somos pocos los que podemos explicar todos los procesos por los que una vaca color café come hierba verde y produce leche blanca, ¡pero aún así podemos disfrutar de la leche! Muchos ignoramos totalmente la teoría de relatividad de Einstein, y tendríamos problemas si tuviéramos que explicarla. No solo somos ignorantes en cuanto a la teoría de Einstein sino que la mayoría somos indiferentes a ella; no obstante, nuestra ignorancia e indiferencia no son trágicas ni fatales.

Pero hay otros asuntos acerca de los cuales la ignorancia y la indiferencia son tanto trágicas como fatales. Uno de ellos es la respuesta a la pregunta: “¿Qué es un cristiano bíblico?” En otras palabras, según las Escrituras, ¿cuándo tiene el hombre, la mujer, el niño o niña el derecho de adjudicarse el nombre de “cristiano”?

No podemos dar por sentado ligeramente que alguien sea un verdadero cristiano. Una conclusión falsa sobre esto es trágica y fatal. Por lo tanto, quiero presentarles cuatro hilos de pensamiento que ofrecen la respuesta de la Biblia a la pregunta: “¿Qué es un cristiano bíblico?”

1. El pecado

Según la Biblia, cristiano es alguien que ha encarado realísticamente el problema de sus propios pecados.

Una de las muchas cosas que distingue la fe cristiana de las otras religiones del mundo es que el cristianismo es esencial y fundamentalmente una religión del *pecador*. Cuando el ángel le anunció a José el próximo nacimiento de Jesucristo, lo hizo con estas palabras: “Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). El apóstol Pablo escribió en 1 Timoteo 1:15: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”. El Señor Jesucristo mismo dijo en Lucas 5:31-32: “Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”. Cristiano es el que ha enfrentando realísticamente el problema de sus propios pecados.

Cuando leemos las Escrituras, encontramos que cada uno de nosotros tiene un problema personal doble con referencia al pecado. Por un lado tenemos el problema de una trayectoria mala, y por el otro, el problema de un corazón malo. Si empezamos en Génesis 3 con el relato trágico de la rebeldía del hombre contra Dios y su Caída, y luego rastreamos la doctrina bíblica del pecado hasta el libro de Apocalipsis, veremos que no es demasiada simplificación decir que todo lo que la Biblia enseña acerca de la doctrina del pecado puede reducirse a estas dos categorías fundamentales: el problema de una trayectoria mala y el problema de un corazón malo.

a. Una trayectoria mala

¿A qué me refiero cuando digo “el problema de una trayectoria mala”? Estoy usando esa terminología para describir lo que las Escrituras nos dan como la doctrina de la culpabilidad humana debido al pecado. Las Escrituras nos dicen claramente que comenzamos nuestra trayectoria mala mucho antes de existir sobre la tierra: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12).

¿Cuándo pecaron “todos”? Todos pecamos en Adán. Este fue designado por Dios para representar a toda la raza humana. Cuando pecó, nosotros pecamos en él y caímos con él en su primera transgresión. Por esto, el apóstol Pablo escribe en 1 Corintios 15:22: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”. El hombre fue creado sin pecado en el Huerto de Edén; pero desde el momento que Adán pecó, también nosotros fuimos acusados de culpa. Caímos con él en su primera transgresión y somos parte de una raza que está bajo condenación.

Además, las Escrituras enseñan que después de nacer, nuestras transgresiones personales van acumulando más culpa. La Palabra de Dios enseña que: “Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque” (Eclesiastés 7:20); y cada pecado agrega más culpa. El registro celestial de nuestra trayectoria es un registro de nuestra impiedad. El Dios Todopoderoso juzga la totalidad de nuestra experiencia humana usando una norma absolutamente inflexible. Esta norma se aplica no solo a nuestras acciones externas sino también a nuestros pensamientos y las inclinaciones de nuestro corazón, tanto que el Señor Jesús dijo que sentir una ira injusta es la esencia misma del homicidio, y que la mirada lasciva es adulterio (Mateo 5:22, 28).

Dios guarda un registro detallado. Ese registro se encuentra entre “los libros” que serán abiertos en el Día del Juicio (Apocalipsis 20:12). En esos libros está consignado cada pensamiento, cada intención, cada acto y cada dimensión de la experiencia humana que es contraria a las normas de la ley santa de Dios, ya sea por

nuestra incapacidad de cumplirla o por transgredirla. Tenemos el problema de una mala trayectoria, una trayectoria por la cual somos culpables. Somos realmente culpables de pecados reales cometidos contra el Dios vivo y verdadero. Por esta razón es que las Escrituras nos dicen que toda la raza humana es culpable ante el Dios Todopoderoso (Romanos 3:19).

El problema de tu propia trayectoria mala, ¿ha sido alguna vez para ti una preocupación candente, apremiante y personal? ¿Has hecho frente a la verdad de que el Dios Todopoderoso te juzgó culpable cuando pecó tu padre Adán, y que te considera culpable de cada palabra que has dicho contraria a la santidad, justicia y pureza perfecta? Él sabe de cada objeto que has tocado y del que te has apropiado contrariamente a la santidad de la propiedad. Él sabe de cada palabra pronunciada contraria a la verdad perfecta y absoluta. ¿Alguna vez te ha pesado esto, de modo que has reconocido que el Dios Todopoderoso tiene todo el derecho de llamarte a su presencia y exigirte que le des cuenta de cada una de tus acciones que ha hecho culpable a tu alma por ser contraria a su ley?

b. Un corazón malo

Pero el problema de una mala trayectoria no es el único problema. Tenemos también otro problema: el problema de un corazón malo. La Biblia enseña que el problema de nuestro pecado surge no solo de lo que hemos hecho, sino también de lo que somos. Cuando Adán pecó, no solo se hizo culpable ante Dios, sino que también su naturaleza se volvió corrupta y contaminada.

Jeremías 17:9 describe esta contaminación: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?”. Jesús la describe en Marcos 7:21: “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios”, después de lo cual menciona diversos pecados de los que en la actualidad podemos leer todos los días en la prensa: homicidio, adulterio, blasfemia y soberbia. Jesús afirmó que estas cosas brotan de una fuente de contaminación: el corazón humano. Fíjate bien que no dijo: “Porque de afuera, por la presión de la sociedad y sus influencias negativas, surgen los homicidios, adulterios, soberbias y robos”. Esto es lo que los supuestos sociólogos eruditos nos dicen. Afirman que es “la condición de la sociedad” lo que produce crímenes y rebeldías; Jesús dice que es la condición del corazón humano.

Cada uno de nosotros tiene por naturaleza un corazón que las Escrituras describen como “perverso”, una fuente de todas las formas de iniquidad. Romanos 8:7 afirma: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”. Pablo no dice que la mente carnal, es decir, la mente que nunca ha sido regenerada por Dios, tiene algo de enemistad, sino que la llama la enemistad misma: “los designios de la carne son enemistad contra Dios”. Podemos ilustrar la disposición, por naturaleza, de cada

corazón humano como un puño levantado contra el Dios vivo. Este es el problema interior de un corazón malo: un corazón que ama el pecado, un corazón que es la fuente del pecado, un corazón que es pura enemistad contra Dios.

¿Alguna vez ha sido el problema de tu corazón malo motivo de apremiante preocupación para ti personalmente? No estoy preguntando si teóricamente crees o no en lo pecaminoso que es el ser humano. Puedes coincidir en que hay cosas como una naturaleza y un corazón pecaminosos. Mi pregunta es: ¿Alguna vez han sido tu trayectoria mala y tu corazón malo motivos de preocupación profunda, interior y apremiante para ti? ¿Has tenido realmente en tu interior conciencia de lo personal y horrorosa que es tu culpa en la presencia de un Dios santo? ¿Has visto lo espantoso de un corazón que es “engañoso... más que todas las cosas, y perverso”?

El cristiano bíblico es alguien que ha tomado en serio el problema de su propio pecado. El grado en que sentimos el terrible peso del pecado difiere de una persona a otra. El tiempo que lleva para que alguien tome conciencia de lo malo de su trayectoria y de su corazón, varía. Existen muchas variables, pero Jesucristo, como el gran Médico, nunca ha dispensado su virtud sanadora a alguien que no se ha reconocido como pecador. Dijo: “Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento” (Mateo 9:13). ¿Eres tú un cristiano bíblico, uno que ha tomado en serio su propio problema con el pecado?

2. El único remedio divino para el pecado

Cristiano bíblico es aquel que ha considerado seriamente el único remedio divino para el pecado.

La Biblia nos dice una y otra vez que el Dios Todopoderoso tomó la iniciativa de hacer algo por el hombre, o sea el pecador. Los versículos que algunos aprendimos en nuestra niñez enfatizan la iniciativa de Dios para dar un remedio a lo pecaminoso del hombre: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”; “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”, “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó... nos dio vida juntamente con Cristo” (Juan 3:16; 1 Juan 4:10; Efesios 2:4-5).

Una característica singular de la fe cristiana es que no se trata de un plan habilidoso de autoayuda por medio del cual tú mismo te compones con la ayuda de Dios. Del mismo modo que uno de los principios singulares de la fe cristiana es

que Cristo es el único Salvador de los pecadores, así también es un principio singular de la fe cristiana el que toda nuestra ayuda auténtica procede de lo Alto y está a nuestra disposición dondequiera que estemos. No podemos salir de nuestra condición por nuestro propio esfuerzo. Con misericordia, Dios interviene en la condición humana y hace algo que nunca podríamos hacer por nosotros mismos.

Cuando consultamos las Escrituras, encontramos que el remedio divino tiene por lo menos tres sencillos, pero profundamente maravillosos, puntos centrales:

(a) En primer lugar, *el remedio de Dios para el pecado está íntimamente relacionado con una Persona*. Cualquiera que comienza a tomar seriamente el remedio divino para el pecado humano notará que, según las Escrituras, ese remedio no es un conjunto de ideas, como si fuera una filosofía más, ni se encuentra en una institución, sino que está íntimamente relacionado con una persona: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”; “Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Juan 3:16; Mateo 1:21). Jesús mismo dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).

El remedio divino para el pecado está íntimamente relacionado con una Persona, y esa Persona no es otra que nuestro Señor Jesucristo, el Verbo eterno que se hizo hombre, uniendo una naturaleza auténticamente humana a su naturaleza divina. Aquí está la providencia de Dios para el hombre con su trayectoria mala y su corazón malo: un Salvador que es Dios al igual que hombre, con las dos naturalezas unidas en una persona para siempre. Si tu problema personal del pecado ha de ser remediado de un modo bíblico, lo será teniendo tratos personales solamente con la persona de Jesucristo. Tal es esta característica singular de la fe cristiana: el pecador en toda su necesidad, unido al Salvador en toda la plenitud de su gracia; el pecador impotente ante su necesidad, y el Salvador en su omnipotencia, unidos directamente en el evangelio. ¡Esa realidad es la gloria de las Buenas Nuevas de Dios para los pecadores!

(b) En segundo lugar, *el remedio de Dios para el pecado se centra en la cruz en la cual murió Jesucristo*. Cuando recurrimos a las Escrituras encontramos que el remedio divino está centrado exclusivamente en la cruz de Jesucristo. Cuando Juan el Bautista señala a Jesús usando la imagen del cordero sacrificial del Antiguo Testamento, dice “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Jesús mismo dijo: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28).

La predicación auténtica del evangelio está tan centrada en la cruz que Pablo dice que es la palabra o el mensaje de la cruz. La predicación de la cruz es “Porque

la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1 Corintios 1:18). Cuando Pablo fue a Corinto—centro del intelectualismo y de la filosofía griega pagana—no siguió los métodos retóricos de ellos, sino que dijo que se había propuesto “no saber entre nosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Corintios 2:2).

No debemos pensar en la cruz como una idea abstracta o un símbolo religioso; el significado de la cruz es lo que Dios declara que es. La cruz fue el lugar donde Dios, por imputación, amontonó sobre su Hijo los pecados de su pueblo. En la cruz hubo una sustitución de la carga de la maldición. Según el lenguaje del apóstol Pablo: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que el colgado en un madero)” (Gálatas 3:13), y “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

La cruz no es un símbolo nebuloso y vago de un amor altruista; al contrario, la cruz es la exhibición monumental de cómo Dios puede ser justo y aún así perdonar a pecadores culpables. Dios, habiendo imputado los pecados de su pueblo a Cristo en la cruz, pronuncia su juicio sobre Cristo como representante de su pueblo. Allí en la cruz, Dios derrama la copa de su ira sin incluir nada de misericordia hasta que su Hijo clama: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor?”. “Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Salmo 22:1; Mateo 27:46).

En el Calvario, Dios está demostrando en el mundo visible lo que está sucediendo en el mundo invisible y espiritual. Cubre los cielos con oscuridad total para hacer saber a toda la humanidad que está arrojando a su Hijo a las tinieblas de afuera que son las del infierno que tus pecados y mis pecados merecen. Jesús cuelga en la cruz en la posición de un criminal culpable, pero la sociedad no tiene más que un veredicto: “Fuera con este”; “Crucifíquenle”, “Entréguenlo a la muerte”. Y Dios no interviene. A la vista del hombre, Dios está demostrando lo que está haciendo en la dimensión que ellos no pueden ver. Está tratando a su Hijo como un criminal. Está obligando a su Hijo a sentir, en lo más profundo de su alma, todo el furor de la ira que nos correspondía sentir a nosotros.

(c) En tercer lugar, *el remedio de Dios para el pecado es adecuado para todos, y lo ofrece a todos sin discriminación*. Antes de que nosotros tuviéramos conciencia de nuestro pecado, nos era fácil pensar que Dios puede perdonar al pecador. Pero cuando tú y yo empezamos a tener una idea de lo que es el pecado, nuestra manera de pensar cambia. Nos vemos como gusanitos en el polvo, criaturas cuya

vida y cuyo aliento están en las manos de Dios en quien “vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28).

Empezamos a tomar en serio el hecho de que nos hemos atrevido a desafiar a Dios quien consignó a los ángeles a una oscuridad eterna cuando se rebelaron en su contra. Confesamos que este Dios santo ve las emanaciones de nuestro corazón humano nauseabundo y corrupto. Entonces decimos: “Oh Dios, ¿cómo puedes ser otra cosa más que justo? Si me das lo que mis pecados merecen, ¡lo único que tendré es tu ira y juicio! ¿Cómo puedes perdonarme y aún así ser justo? ¿Cómo puedes ser un Dios justo y hacer más que confinarme a un castigo eterno con esos ángeles que se rebelaron?”

Cuando comenzamos a sentir la realidad de nuestro pecado, el perdón se convierte en el problema más difícil contra el cual nuestra mente haya tenido que lidiar. Entonces necesitamos saber que Dios ha provisto a una persona, y esta crucificada, como remedio adecuado para todos los hombres, el cual nos es ofrecido a todos sin discriminación.

Si Dios hubiera puesto condiciones para la disponibilidad de Cristo diríamos: “De seguro que yo no satisfago tales condiciones, así que es indudable que no califico”. La maravilla de la provisión de Dios es que viene con estos términos incondicionales: “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche” (Isaías 55:1); “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37).

¡Considera la hermosura de la oferta gratuita de misericordia en Jesucristo! No necesitamos que Dios venga del cielo y nos diga, por nombre, que podemos acudir a él, que tenemos una oferta de misericordia sin condiciones en las palabras de su Hijo: “Venid a mí todos lo que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

Los términos divinos son dos: arrepíentete y cree. Está escrito desde los primeros tiempos del ministerio de Jesús: “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14-15). Después de su resurrección, Jesús les dijo a sus discípulos que “se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:47). El apóstol Pablo testificó: “a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21).

3 Cristiano bíblico

Cristiano bíblico es aquel que ha aceptado de todo corazón los términos para obtener la provisión de Dios para el pecado.

¿Cuáles son los términos divinos para obtener la provisión divina? Lo repetimos: Tenemos que arrepentirnos y tenemos que creer. Aunque es necesario tratar los dos como conceptos separados, no pensemos que el arrepentimiento puede divorciarse alguna vez de la fe o que la fe puede divorciarse alguna vez del arrepentimiento. La fe auténtica está saturada de arrepentimiento, y el arrepentimiento auténtico está saturado de fe. Los dos están entrelazados de tal manera que dondequiera que haya una verdadera apropiación de la provisión divina, hallaremos un penitente que cree y un creyente penitente.

¿Qué es arrepentimiento? La definición del Catecismo Menor de Westminster es excelente: “El arrepentimiento para vida es una gracia salvadora por la cual el pecador, teniendo un verdadero sentido de su pecado y comprendiendo la misericordia de Dios en Cristo, con dolor y aborrecimiento por su pecado, se aparta del mismo para acudir a Dios con todo el propósito y empeño de vivir en una nueva obediencia” [es traducción para esta obra].

Arrepentimiento es el hijo pródigo volviendo en sí en un país lejano. En lugar de quedarse en su casa bajo la autoridad de su padre, le pidió la herencia que le correspondía y partió a un país lejano donde la gastó pecaminosamente. Reducido a la miseria por sus pecados, un día “volvió en sí y dijo ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros” (Lucas 15:17-19).

Cuando el hijo pródigo reconoció su pecado, no se sentó para pensar en lo que había hecho, ni escribió un poema sobre su situación ni envió telegramas a su padre. La Biblia dice que “Levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó” (v. 20). Sintió aborrecimiento por todo lo que había hecho y le dio la espalda. ¿Y que fue lo que lo atrajo nuevamente a casa? Fue la confianza de que tenía un padre generoso con un gran corazón y un manejo justo de su hogar feliz y lleno de cariño. No escribió diciendo: “Papá, las cosas se me están poniendo difíciles; por las noches me remuerde la conciencia. ¿Puedes por favor enviarme dinero para darme una manita, o venir a visitarme para hacerme sentir bien?” ¡Por supuesto que no! No necesitaba sencillamente sentirse bien, él mismo necesitaba cambiar para bien. Por eso, partió de aquel país lejano.

Es una hermosa pincelada en el cuadro que presentó nuestro Señor cuando dijo: “Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó” (v. 20) . El hijo pródigo no se había acercado a su padre con altanería, tratando de justificar su regreso a su casa.

En la actualidad ha cundido la noción de que las personas pueden “levantar la mano” o “pasar al frente”, recitar una breve oración y que le hacen un favor a Dios al tomar una decisión. Nada de esto tiene nada que ver con la verdadera conversión. El arrepentimiento auténtico involucra el reconocimiento que he pecado contra el Dios del cielo, Aquel que es grande y misericordioso, santo y todo amor, y que no soy digno de ser llamado su hijo. Sin embargo, en el momento en que estoy listo para dejar mi pecado y darle la espalda, con la disposición de acudir humildemente al Señor, preguntándome si acaso habrá algo de misericordia para mí — ¡maravilla de maravillas! — el Padre sale a mi encuentro y me envuelve con sus brazos de amor reconciliador y misericordioso. Y recalco, no es de un modo sentimental que él abraza al pecador penitente con su amor perdonador y redentor.

Pero notemos que el padre no abrazó a su hijo pródigo cuando este todavía estaba cuidando cerdos y en brazos de ramerías. Entre mis lectores, ¿habrá algunos cuyo corazón está comprometido con el mundo y que aman los caminos del mundo? Quizá tú mismo, en tu vida personal, o en tu relación con tus padres, o en tu vida social donde no tienes en cuenta la santidad del cuerpo, demuestras quién eres realmente.

Quizá entre los que leen estas líneas hay quienes están involucrados en actos de fornicación, o, siendo solteros, desarrollan una intimidad inapropiada con alguien o ven programas de televisión o películas que alimentan las bajas pasiones, y aun así pretenden invocar el nombre de Cristo. Viven con un hato de cerdos y luego el domingo van a la casa de Dios. ¡Qué vergüenza! Si te cuentas entre ellos, deja el chiquero y tus antros de pecado. Cambia tus prácticas y tus costumbres de indulgencia carnal. Arrepentirte es estar lo suficientemente contrito como para dejar tu pecado. No conocerás la misericordia perdonadora de Dios mientras ames tus pecados.

Arrepentirse es separar completamente el alma del pecado, y siempre con fe. ¿Qué es la fe? Fe es entregar el alma a Cristo tal como lo ofrece el evangelio. “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).

La fe es comparada con beber de Cristo, porque en la sed de nuestra alma bebemos de él. La fe es comparada con poner la mirada en Cristo, seguir a Cristo y correr a él. La Biblia usa muchas analogías que se resumen en esto: en el suplicio

de mi necesidad, me lanzo sobre el Salvador, confiando en que será todo lo que ha prometido ser para el pecador necesitado.

La fe no aporta nada a Cristo, es solo la mano vacía que toma a Cristo y todo lo que hay en él. ¿Qué hay en Cristo? ¡Perdón total de todos mis pecados! Su obediencia perfecta es puesta a mi cuenta. Su muerte es considerada como la mía. El don del Espíritu radica en él. La adopción, la santificación y ultimadamente la glorificación también se encuentran en él; y la fe, al tomarse de Cristo, recibe todo lo que está en él. “¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?” (1 Corintios 1:30).

¿Qué es un cristiano bíblico? Un cristiano bíblico es aquel que ha cumplido de todo corazón los términos divinos para obtener la provisión divina para el pecado. Esos términos son el arrepentimiento y la fe. Me gusta pensar en ellos como la bisagra con la cual la puerta de la salvación se abre y se cierra. La bisagra tiene dos placas, una está atornillada a la puerta y la otra al marco de la puerta. Están unidas entre sí por un perno, y gracias a esta bisagra la puerta se mueve. Cristo es la puerta, pero nadie entra por él si no se arrepiente y cree.

No hay una bisagra auténtica hecha exclusivamente de arrepentimiento. El arrepentimiento que no está unido a la fe es un arrepentimiento falaz. No va más allá de nosotros mismos y de nuestro pecado. Del mismo modo, no hay bisagra auténtica hecha exclusivamente de fe. Una fe confesada que no esté unida al arrepentimiento es una fe falaz, porque la fe auténtica es una fe en Cristo para salvarnos no en el pecado, sino del pecado. El arrepentimiento y la fe son inseparables, y “Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:3). Los incrédulos están listados entre los que siendo “los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:8).

4. La evidencia de ser un cristiano bíblico

Cristiano bíblico es aquel que manifiesta en su diario vivir que sus afirmaciones de arrepentimiento y fe son auténticas.

Pablo predicó que los hombres debían arrepentirse y volverse a Dios realizando obras dignas de arrepentimiento (Hechos 26:20). Los designios de Dios indican que debe haber tales obras: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:8-10).

Pablo afirma en Gálatas 5 que la fe obra a través del amor. Donde hay una fe auténtica en Cristo, habrá un amor auténtico a Cristo. Y donde hay amor a Cristo, habrá obediencia a Cristo. “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (Juan 14:21-24). Somos salvos por confiar en Cristo, no por amarle y obedecerle, pero un confiar que no produce amor y obediencia no es una fe auténtica que salva.

La fe auténtica obra por el amor, y lo que el amor produce no es la habilidad de sentarse en una noche estrellada y escribir un poema sobre la emoción de ser cristiano. La fe auténtica obra impulsándote a volver a casa y a obedecer a tus padres, guiándote a amar a tu cónyuge y tus hijos como la Biblia te indica que lo hagas, a regresar a tu colegio o trabajo para adoptar una postura firme en pro de la verdad y la justicia y contra toda la presión de tus pares.

La fe auténtica te da la disposición de ser contado entre los tontos y locos—la disposición de ser considerado anticuado—porque crees que hay normas éticas y morales que son eternas e inmutables. Te mueve a creer en la castidad y la santidad de la vida humana y a adoptar una postura firme contra las relaciones sexuales fuera del matrimonio y el homicidio de bebés en el vientre de sus madres. Porque Jesús dijo: “Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles” (Marcos 8:38).

¿Qué es ser un cristiano bíblico? No es alguien que meramente dice: “Ah, sí, yo sé que soy pecador con una mala trayectoria y un corazón malo. Sé que la solución de Dios para los pecadores se encuentra en Cristo y en su cruz, que es suficiente y que es ofrecida libremente a todos. Yo sé que la obtienen todos los que se arrepienten y creen”. Eso no basta.

Tú, ¿te has arrepentido y creído? Y si profesas haberte arrepentido y creído, ¿puedes hacer que ese profesar valga, no por vivir una vida perfecta sino por vivir una vida de intencionada obediencia a Jesucristo?

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21). En Hebreos 5:9 leemos: “y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen”. Y Juan 2:4 afirma: “Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora”.

¿Puedes conseguir que tu afirmación de ser cristiano se compruebe con la Biblia? ¿Manifiesta tu vida los frutos de arrepentimiento y fe? ¿Es la tuya una vida unida a Cristo, de obediencia a Cristo y de confesar a Cristo? ¿Se caracteriza tu comportamiento por tu fidelidad a los caminos de Cristo? No perfectamente, ¡eso es imposible! Por eso, cada día debes orar: “Perdóname mis pecados, como perdono a los que pecan contra mí”. Pero al mismo también puedes orar: “Porque para mí el vivir es Cristo” o, como lo dice el himno:

*Jesús, mi cruz he tomado
Todo he dejado y te sigo solo a ti.*

El cristiano auténtico sigue a Jesús. ¿Cuántos de nosotros somos cristianos bíblicos y auténticos? Dejo que tú respondas en lo más recóndito de tu mente y tu corazón, si lo eres o no.

Pero recuerda, responde con la respuesta con la que estás dispuesto a vivir por toda la eternidad. No te conformes con ninguna otra respuesta que no sea la que te dé tranquilidad en la muerte y seguridad en el Día del Juicio.

